

Aporofobia: Pensar la pobreza desde la mirada de la ética¹

Josue Ramos Alba | ORCID 0009-0004-3370-6496
Ayudante de investigación del área Cultura y Sociedad
del Departamento de Política y Cultura.

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
jramos@correo.xoc.uam.mx

Paola Gabriela Espinosa Cruz | ORCID 0009-0002-6385-1948
Profesora-investigadora del área Cultura y Sociedad
del Departamento de Política y Cultura.

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
pespinosa@correo.xoc.uam.mx

El neoliberalismo, entendido como un programa intelectual que se compone por un conjunto de ideas que dan forma a una visión de sociedad, de Estado y de mercado, se materializa en un programa político que traduce estas ideas en propuestas concretas y que ha multiplicado el número de personas en situación de pobreza.²

Aunado a ello, el ámbito educativo no escapa de ser un campo donde el programa neoliberal también ha instalado una forma de entender la educación con fines y propósitos que se ajustan no sólo a funcionar bajo esa lógica de mercado, favoreciendo el diseño de programas académicos y la orientación de los planes de estudio hacia la empleabilidad de los egresados, por mencionar un ejemplo, sino también a legitimar el discurso hegemónico del neoliberalismo y su racionalidad, mediante el silenciamiento

1 Reseña de la obra de Adela Cortina, *Aporofobia, el rechazo al pobre: Un desafío para la democracia*. Paidós, Barcelona. 2020.

2 Fernando Escalante. *Historia mínima del neoliberalismo*. El Colegio de México. 2016.

en el aula de teorías críticas y explicativas de la pobreza como fenómeno social y estructural, como el marxismo que la observa como el resultado histórico de procesos de despojo, violencia y acumulación originaria,³ o como resultado de procesos intencionados de diferenciación social que Weber (1922) analiza se establecen a partir de sus categorías de estatus y prestigio,⁴ o, bien, como una relación social que busca constituir un estrato social pasivo con el objetivo de mantener un orden preestablecido.⁵

Al prescindir de una mirada estructural, la pobreza entonces es interpretada como el resultado de elecciones individuales, o bien como efecto de fallas del mercado,⁶ o como condición naturalizada como un hecho inevitable, lo que nutre discursos meritocráticos y altamente culpabilizadores.⁷

Es precisamente en este escenario donde el libro de Adela Cortina, catedrática española y especialista en ética y filosofía política, funciona como un agudo diagnóstico y propuesta ética que primeramente implica nombrar y diferenciar con un nuevo concepto el sistemático desprecio y aversión hacia las personas en situación de pobreza; Cortina nos propone el término *aporofobia* para nombrar el rechazo, la aversión y el desprecio hacia el pobre y desamparado. En ese sentido, la autora revela una verdad incómoda: muchas de las fobias colectivas que presenciamos y que hasta ahora hemos identificado como xenofobia o racismo esconden, en el fondo, un germen que es la *aporofobia*, es decir, que no es en sí la diferencia y la otredad el eje explicativo de la exclusión, estigmatización y segregación de grupos humanos: es su condición de clase.

A través de una mayéutica provocativa, Cortina nos pregunta: *¿Por qué damos cobijo a los turistas y rechazamos a los migrantes o a las personas que buscan asilo político?* Porque mientras los primeros representan una fuente de ingresos para el país que los acoge y representa una oportunidad económica, por el contrario, los segundos representan pérdidas,

3 Karl Marx. *El capital: Crítica de la economía política* (Vol. 1). Fondo de Cultura Económica. 1996

4 Max Weber. *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica. 1992

5 George Simmel. The poor. En D. N. Levine (Ed.), *On individuality and social forms* (pp. 150–178). University of Chicago Press. 1908.

6 Máximo. E. Jaramillo. *Yo (no) merezco abundancia: Percepciones y legitimidad de la política social, pobreza y desigualdad en la Ciudad de México* (Tesis de doctorado). El Colegio de México. 2019.

7 Michael B. Katz. *The undeserving poor: From the war on poverty to the war on welfare*. Pantheon Books. 1989

costos sociales, este otro tipo de extranjeros son los que “convierten” la hospitalidad y la bienvenida en miedo, rechazo o aversión, en políticas de extrema vigilancia que se traducen en impedirles el paso con puertas y muros vigilados y armados las 24 horas del día.

En ese sentido, este libro, texto compuesto por 196 páginas distribuidas en ocho capítulos, introduce la racionalidad ética para analizar el fenómeno de la pobreza y nutrir la perspectiva económica y política desde la reflexión sobre la acción humana, es decir, cuando es necesaria repensar la pobreza no únicamente en términos de carencias de ingresos o de políticas de asistencia social o como desequilibrio funcional, sino desde lo representa éticamente, es decir, sobre qué marcos de ideas, visiones, fundamentos y proyectos de vida individual y colectivo se piensa para dignificar toda vida humana, demostrando que los grandes problemas sociales necesitan discutirse a la luz del pensamiento y herramientas filosóficas que hoy parecen olvidadas en una sociedad altamente pragmática.

Desde el primer capítulo, “*Una lacra sin nombre*”, Cortina relata la construcción del término a partir un análisis introspectivo que obtuvo como resultado de dos grandes pilares filosóficos y que, constituye una valiente invitación para los docentes para orientar y sostener el propio acto educativo, esto es: por un lado, la invitación socrática hacia el autoconocimiento y por otro, el mandato kantiano a servirse de la propia razón, lo que la llevó a darle nombre a esa fuerza que operaba desde el anonimato en la vida social y que, sin darle un nombre que la identificara, hacía imposible su desactivación. Así fue como definió la *aporofobia* desde dos vocablos griegos, *á-poros* (pobre) y *fobéo* (espantarse) para posteriormente, plantear en su segundo capítulo cómo la pobreza se puede convertir en objeto prejuicios, de discriminación y hasta en forma de violencia, cuando se naturaliza ciertos mecanismos por el cual los individuos que enarbolan los discursos de odio construyen narrativas falsas, unos para justificar la desigualdad, otros para legitimar su dominación y otros tantos para exculparse de la violencia y el desprecio que ejercen sobre los más vulnerables. Al respecto, nos recuerda el aporte del filósofo André Glucksmann y que ella sintetiza bajo la fórmula “la clave del odio reside en quien odia, no en el colectivo objeto del odio” (p.30)

Pero no es sino en su tercer capítulo, “*El discurso del odio*” con el que nos ofrece claves para entender las narrativas y tendencias actuales que se construyen alrededor de la pobreza como problema público y como responsabilidad de Estado y también cómo a través del marco de los principios éticos, se puede leer las acciones y medidas para combatir la pobreza

como formas que denigran, limitan o excluyen a los sectores más desfavorecidos aún en sociedades democráticas que la autora categoriza en tres modelos a partir de su capacidad para limitar la libertad de expresión cuando entra en juego la dignidad de las personas y con el que nos invita a pensar en los dilemas propios de las sociedades democráticas:

¿Hasta qué punto la libertad de expresión de grupos puede servir de escudo para destruir la dignidad ajena cuando dichos discursos en nombre de la libertad se utilizan para estigmatizar y humillar al desfavorecido? ¿Qué sucede cuando la vulnerabilidad humana se convierte en una simple herramienta política?

¿En qué medida la intervención del Estado y las políticas sociales de ciertos gobiernos, sin importar su denominación ideológica, instrumentalizan el desprecio al pobre, utilizando la aporofobia y los discursos de odio como herramientas sumamente rentables para ganar votos y afianzar su poder en épocas de crisis?

Estas interrogantes ya representan un desafío ineludible que nos obliga a situar, o cuando menos a valorar la necesidad de pensar la ética como un pilar vertebrador del debate público para buscar garantizar la igualdad, la justicia y la cohesión social; sin embargo, por si esto no bastara, Cortina añade a la discusión aspectos neurocientíficos que tensan nuestra comprensión respecto a la forma de vincularnos socialmente, pues en su cuarto capítulo la sentencia es contundente: “*Nuestro cerebro es aporófobo*”; en esta sección, la autora concede que en nuestra asimetría entre acción y pensamiento relativo a las prácticas discriminatorias y aporofóbicas opera nuestra propia biología, con lo cual no se busca escudar cuestiones sociales y políticas, como la estigmatización de la pobreza, en determinismos biologicistas, pero sí se incorpora el diálogo con los aportes científicos que sostienen que nuestro cerebro es “biosocial” y que, aún cuando nuestro cerebro responda a determinados patrones tribales primitivos, otro hecho irrefutable es que también nuestros circuitos neuronales responde al cuidado y al bienestar de otros, lo que posibilita la creación de vínculos y nuestra naturaleza social; por lo tanto, existe la posibilidad de generar una conciencia más reflexiva, solidaria y responsable ante todo ser humano mediante los procesos pedagógicos que cultivan el pensamiento crítico, la transmisión del conocimiento y la formación integral de ciudadanos, aspecto que desarrollará en su quinto y sexto capítulo con un tema que vuelve a recordar el diagnóstico nietzscheano sobre la fachada de nuestra pobre moralidad basada únicamente en el miedo al castigo social.

¿Cómo hacerle frente a esa hipocresía social? Las reflexiones de Cortina nos empujan a concluir que en este gran abismo de incertidumbre, sólo la educación forjada en la libertad de la conciencia cuyo horizonte sea ético, es decir, en la búsqueda de dignificar la vida humana, independientemente de su origen social, puede liberarnos de nuestra propia aporofobia.

La verdad de perogrullo es que, en el marco de las políticas públicas contemporáneas, la erradicación de la pobreza ocupa un lugar prioritario, tanto en las agendas gubernamentales como en los compromisos internacionales establecidos por la Agenda 2030. Pero ¿quién le ha apuesta al camino de la transformación moral de la sociedad como vía para combatir este cáncer social?

¿Quien siquiera se atreve a mirar a la ética como posibilidad política sin ser tildado de idealista, utópico y soñador empedernido?

En los últimos capítulos de este libro consiste el aporte más valioso y sustantivo de la propuesta de esta filósofa, pues incluso en consonancia con los aportes económicos de Amartya Sen que sugiere pensar el bienestar en términos del desarrollo y capacidades humanas, desplazando así los enfoques centrados únicamente en la variable del ingreso, entonces la pobreza no es una simple escasez de bienes materiales sino una profunda falta de libertad a causa de voluntades de poder y de una ausencia concreta de responsabilidad y justicia social, principios básicos de la bioética; bajo esta perspectiva, la solución no es la inyección de más dinero, sino una transformación al modo en que se mira y se reconoce al otro en su dignidad y no en su capacidad de consumo.

Con ello, el mérito de Cortina consiste en dar un paso más: allí donde el análisis económico o sociológico puede detenerse en la distribución de recursos o en políticas asistencialistas, ella insiste en la necesidad de una transformación en el modo en que reconocemos al otro, incluso y a pesar de que los problemas sociales que tienen como germen la aporofobia sean contradicciones internas de los sistemas democráticos y capitalistas en los que vivimos.

En conclusión, *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la democracia* se consolida como un obra fundamental en el pensamiento contemporáneo, al ofrecer no solo una crítica sólida y bien fundamentada de las dinámicas de exclusión, sino además en una enorme capacidad de articular teoría y realidad y proponer una ética de religación que construya un verdadero *ethos* democrático.